

Chistes, sales y agudezas de ingenio: un subgénero encubiertamente paremiológico

FRANCISCO ERNESTO PUERTAS MOYA
Universidad de Granada

A través de una serie de incursiones y calas en las recopilaciones de chistes y cuentos barrocos, pretendemos mostrar lo que de paremiológico se detecta en las obras de autores como Luis de Pinedo, el duque de Frías, Juan de Arguijo y Garibay, en quienes se observa cómo se ha ido formando en la mentalidad colectiva el prototipo de personajes que sirven de ejemplo para afrontar la vida diaria mediante sucesos extraordinarios o únicos que encierran su moraleja o enseñanza moral, edulcorada —eso sí— en la envoltura de una anécdota generalmente graciosa.

Una característica común a los chistes, sales, agudezas de ingenio, cuentos folclóricos o populares y refranes es su brevedad, frente a otras formas literarias de mayor tamaño o extensión; asimismo, une a todas ellas la veta humorística, que como tal presenta un inconveniente en nada desdeñable: con el paso del tiempo, una broma deja de tener sentido, comienza a ser incomprensible para el auditorio, sin que aún sepamos por qué motivo y de qué manera se produce esta transformación en el sentido del humor colectivo, que a menudo sólo tiene como origen la incomprensión e ininteligibilidad de expresiones, fórmulas o palabras que para ser entendidas requieren del conveniente contexto socio-cultural sin el cual las sugerencias desplegadas por la polisemia habitualmente utilizada con fines humorísticos pierden todo su efecto. Asimismo, nos estamos enfrentando a textos que suelen sernos transmitidos, renovados y actualizados de forma oral, por lo que una colección de chistes y anécdotas tienen en su contra el estatismo de la palabra escrita, que no atiende a la necesaria interacción del chiste con su público.

Pese a estas adversidades, y antes de que se pueda llegar a pensar que en los textos o micro-textos que vamos a analizar no hay valor estéticamente reconfortante, hemos de confesar que la lectura de las citadas colecciones de Pinedo, Arguijo, Garibay y duque de Frías suelen reportar un agradable y entretenido divertimento, en el que —en no pocas ocasiones— el solitario lector rompe la consabida norma de la sociabilidad humorística y prorrumpe en una sonora carcajada o esboza una tímida y abierta sonrisa de forma inconsciente, so pena de ser tenido por loco o mentecato.

Un elemento muy efectivo, constatable en el interior de los chistes escritos que la época Barroca nos ha transmitido, es la mirada irónica que fija en una acción prototípica un mensaje moral que tiene aplicación mucho más allá de los personajes, la época y el contexto en que tuvo lugar una situación (supuestamente real). Para comprobar lo que hemos afirmado de la pertinencia y constancia del efecto humorístico en nuestra época, podemos referir el siguiente caso transcrito por el duque de Frías en *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza*:

Don Juan de Miranda fue un caballero que toreó diferentes veces, con sobrado espíritu y gran desmaña; hubo unas fiestas en Madrid, en que torearon tres o cuatro muy mal; estábase la noche siguiente, en la casa del conde de Baños, hablando de este asunto, y el que más murmuraba de los toreadores del día anterior era don Juan de Miranda; díjole uno de los circunstantes: *¿Cuánto ha que toreó vuestra merced la última vez, señor don Juan?* “Habrà tres años”, respondió. *¡Oh, válgame Dios (dijo esotro), y cómo se pasa el tiempo! ¡Cierto que parece que fue ayer!*

Como en éste, es fácil encontrar en la mayoría de los relatos de que nos venimos ocupando una frase hecha, un modismo lexicalizado, un refrán o una sentencia gnómica que adquiere pleno sentido por su incursión dentro de un hecho ejemplar, que hará más fácil la memorización de la enseñanza moral que con la literatura paremiológica se pretende. Junto a esta característica, que vincula al chiste literario con la paremiología, no debemos olvidar que se produce una serialización temática de anécdotas, que los recopiladores o antólogos suelen ensartar y encadenar, de tal modo que —para seguir con la serie de historietas que continúan ésta que acabamos de leer— el duque de Frías introduce hasta otras cuatro anécdotas taurinas deshilachadas o deshilvanadas, dado que este deslavazamiento es rasgo principal de una literatura de dichos como la presente: su carácter aleatorio, su ordenación azarosa y contingente.

Para hacernos una idea de esta circunstancia, veamos que Bernardino Fernández de Velasco (el susodicho duque de Frías), había antepuesto a la anécdota protagonizada por el torero Juan de Miranda otra historia que nada tenía que ver con ésta, pero tras ella introduce un chiste de apadrinamiento de toreros, una respuesta del conde de Oñate al mencionado Miranda (que se convierte de este modo en personaje prototípico) y otra historia taurina. La serie se completa y finaliza, sin solución de continuidad, con este otro relato, que viene a dar idea del perspectivismo en que la literatura aforística se sustenta: «En el mismo lugar toreaba otro muy mal, y con miedo a los toros; había uno bravísimo en el circo, y, sin buscarle, se llegó a un balcón, donde estaban unos amigos suyos, y dijo: *No me quiere el toro, que es gallina*. Respondióle uno: *¡Ay, camarada, si vos oyerais lo que va diciendo el toro!*».

Hemos querido detenernos en estos ejemplos porque dejan constancia de la importancia que en estos textos adquiere el diálogo, la forma dialogada, la respuesta improvisada, ingeniosa y acertada, que define y caracteriza de un solo trazado la situación, provocando a través de la ironía una pintura caricaturesca que despierta entre los oyentes la mirada crítica, la sonrisa franca y -todo ello a un tiempo- el aleccionamiento ejemplarizante.

Como característica general, el chiste se construye sobre arquetipos, y así es patente el tópico de la tipificación de los personajes en función de su procedencia nacional o regional (que se complementa con la utilización de la variante dialectal apropiada) o por la profesión que ejerce. Si recapitulamos las características hasta ahora enumeradas (utilización del diálogo, arquetipificación del protagonista, enseñanza moralizante, ruptura de las convenciones sociales, etc.) encontraremos uno de los chistes de Luis de Pinedo apropiado para identificarlas, aunque en él no se encuentren frases hechas pero sí un modelo de contestación que el conocedor del chiste podrá aplicar en las situaciones similares de su vida cotidiana: «Dijo el Duque de Alba, D. Fadrique, al doctor Villalobos: —*Parésceme, señor doctor, que sois muy gran albéitar*. Respondió el doctor: —*Tiene V. S.^a razón, pues curo a un tan gran asno*».

Es tal la variedad de situaciones humorísticas en que la codificación lingüística desempeña un papel importante que es preciso hacer mención a un primer recurso del cuento breve para provocar una tensión que se resuelva en humor; el manido juego de palabras de naturaleza polisémica, que encontramos por ejemplo en los chistes de Pinedo:

Como un buldero predicase unas bulas y no bastase su persuasión a quererlas tomar los del lugar do predicaba, acordó usar de una astucia, y fue decir que no se le acordaba de otra cláusula que traía la bula, que era la más importante de todas, porque Su Santidad concedía a todos los que tomasen la bula que pudiesen comer carne en Cuaresma. Con esto todos tomaron la bula. El comisario, cuando vio que su negocio se había hecho como quería, les dijo que por lo que tocaba a su conciencia, les quería dar a entender aquella clá(u)sula, que se entendía que había de ser carne de membrillo.

Pero las palabras son también producto a veces de juegos jeroglíficos que despiertan el ingenio del interlocutor, y en última instancia del receptor directo del texto literario, como sucede en este otro suceso historiado, con algo de picardía, tal como recoge el propio Pinedo:

Un caballero andaba en amores con una Señora, y un cierto día fue de ella avisado que su marido se había de partir a cierta parte; dio aviso al amante para que viniese al lugar que solía algunas veces. Sucedió que cesó la partida del marido, por manera que la Señora se vio en gran confusión y peligro,

porque el caballero vendría al lugar dicho y sería visto del marido, y no tenía medio cómo se lo hacer saber.

Estando en este (sic) terrible congoja y miedo, como la necesidad sea inventora de cautelas y avisos, previno de presto de esta manera: hizo una C partida en dos partes, y púsola en un papel a la puerta de la casa por do había de entrar el amador. Era la C en esta forma: C. El caballero, venido al concierto, y como avisado y discreto, vista la letra, y con diligencia examinando su significado, entendió que decía: C sola, negra, partida (*Cesó la negra partida*), y tornóse del camino que llevaba.

Es, por tanto, necesario identificar este tipo de literatura con la paremiología en tanto en cuanto surgen ambos de una tipificación extra-contextual de un mensaje codificado que es posible interpretar de diversos modos en función del momento en que sea interpretado; el chiste es dúctil y variable, propicio para acomodarse —igual que el refrán u otros dichos populares— a las más dispares situaciones por el contenido moralizante o ejemplificador que conlleva y por la atención que presta a una realidad cotidiana que repite constantemente esquemas y actualiza arquetipos.

En el caso de los cuentos de Garibay, hemos llegado a encontrar fórmulas empleadas para transmitir, en estructura dialogada, una enseñanza a partir de una anécdota divertida, a saber: la adivinanza, el uso de palabras polisémicas, la ingenuidad o el engreimiento de uno de los protagonistas, según los casos. Brevemente, ejemplificaremos el caso de las adivinanzas y el de las palabras polisémicas, por tratarse de métodos que podrían emparentarse con la paremiología en sus más diversas acepciones (Garibay, n° 1).

Dentro de la utilización de palabras polisémicas, destaca el caso de los apellidos (Garibay, n° 12 y 40) y la animalización del contrincante. Sentada la premisa del carácter polisémico, y por tanto ambiguo y ambivalente, de los chistes, sales y agudezas de ingenio, entenderemos mejor el carácter adaptable de éstos a múltiples y variadas situaciones; el valor de estas obras recopilatorias de anécdotas tiene un claro carácter propedéutico, que con sus enseñanzas ayuda a entender el mundo y a comportarse en él. Por esto, el duque de Frías indicaba en el proemio de *Deleite de discreción y fácil escuela de la agudeza*: «Se tiene por arma defensiva el ingenio, que se cultiva imprimiendo en el archivo de la memoria auxilios al entendimiento, valiéndose de lo que se oye y lee, y aplicándolo en tiempo oportuno a los asuntos que traen los acasos».

Condensar en una frase el conocimiento de la conducta humana, de la reacción del individuo ante su entorno, y hacer de este bagaje gnoseológico un medio deleitoso e instructivo es el quehacer de una literatura basada en la ironía, en el sentido del humor, en la formulación ingeniosa de las salidas o soluciones a la situación planteada, y extraer de este arsenal de historias un manual de vida y de experiencias, que viene avalado por el pedigrí de los hombres ilustres a quienes inicialmente se atribuyen estas noticias. Así se comprende que en el citado libro del duque de Frías haya cinco grandes apartados, cuyo criterio estructural es la atribución que se hace a los distintos grupos o estamentos sociales: monarcas, obispos, grandes señores, princesas y filósofos. Esta distribución por capítulos viene a constituir el elemento tipificador de protagonistas que hemos comprobado servía de base a la creación de los chistes; en una literatura tan atómica y dispersa como la que nos ocupa existe, como en toda literatura antológica, el afán de compendio, que podremos comprobar en los dichos e historias ejemplarizantes atribuidos a príncipes y monarcas, y en cuyo transfondo subyace la teoría política didáctica recopilada a través de los siglos en los distintos manuales de enseñanza principesca de los que la literatura europea tiene constancia desde la época medieval.

No obstante, no debe considerarse la enseñanza transmitida como la propia de un tratado, sino que mezcla los chascarrillos con observaciones psicológicas, apuntes supersticiosos o meros juegos de palabras; de ahí que se lleguen a incluir sucesos como el que sigue, basado en un mero juego de palabras por el parecido fonético, y carente de toda credibilidad histórica, por más que se le pretenda conferir mediante datos fehacientes: «Dijéronle al rey don Sebastián, cuando estaba para hacer la jornada de África, que se veía un cometa, y era mal anuncio. “Antes (respondió) le tengo por feliz pronóstico, pues me está gritando que acometa”».

Hasta tal punto las enseñanzas contenidas en estos relatos breves pretenden ser atemporales que llegan, incluso, a repetirse y variar sólo en mínimos detalles, actualizando los personajes. Éste es el caso de lo sucedido en la siguiente historieta:

Ofendido el gran Alejandro de haberle negado la obediencia una ciudad de Asia, se acercó a sus murallas, resuelto a reducirlas a ceniza. Salió a recibirle un filósofo que había sido su maestro, persuadido de que su ruego templase el furor de aquel príncipe, el cual le dijo en voz alta, conociendo a lo que venía: "Doyte mi palabra y te juro por los dioses de no hacer lo que me pidieres". Entonces el sabio respondió: "Señor, suplicote humildemente que destruyas ese lugar, sin perdonar ni a sus almenas, por justo castigo de lo que te ha provocado". Quedó confuso Alejandro, viéndose en tal estrecho con el empeño de su palabra, y desistió del intento.

Esta misma respuesta ingeniosa es la que el duque de Frías atribuye a la princesa doña Urraca, que en parecidos términos se dirigió a su padre el rey don Alfonso VI el Grande, con el fin de defender al arzobispo don Bernardo y a la reina doña Constanza, para los que pidió un gran castigo cuando su padre juró no hacer lo que le pidiera.

El éxito de este tipo de recopilaciones, barnizadas con un carácter algo más "científico" o históricamente atestiguado, llega hasta nuestros días con los famosos libros de Carlos Fisas, *Frases que han hecho historia* o los serializados *Historias de la historia*. Bajo todas estas las enseñanzas, que pretenden sustentarse en hechos verídicos y en acciones y dichos reales, se encuentra el afán sintetizador de una experiencia que mediante procedimientos paremiológicos va transmitiéndose de generación en generación. El aval que la historicidad da a estos dichos y sentencias es tal que en muchos casos sólo se busca un efecto de verosimilitud por más que no haya medios de comprobación histórica; pese a todo, en el horizonte de expectativas del público lector queda satisfecho con la superficialidad de las anécdotas y la ingeniosa salida que se atribuye a un respetable personaje público, de cuya autoridad no cabe dudar, y bajo cuyas palabras se encierra una enseñanza o prescripción moral que sigue siendo actualizable.

Otro de los rasgos reseñables en la mentalidad barroca es la utilización de retruécanos, frases hechas y/o ingeniosas y proposiciones gramaticalmente complejas, que en todos los casos vienen a sustentar una teoría del poder absoluto que se justifica en los tiempos más remotos. Así puede comprobarse en las pruebas que de la Antigüedad greco-latina se aportan, y que en definitiva vienen a reafirmar el poder del príncipe frente a sus pueblos y a las ciudades conquistadas, añadiendo un componente de benevolencia hacia los súbditos que resalta aún más la autoridad moral del soberano, su inalterabilidad y su absoluto dominio de la situación. Así sucede en el siguiente caso: «Diciéndole al gran emperador Teodosio que algunos censuraban las operaciones de su Gobierno, respondió, cuerdo: "Dejadlos, que no merecen castigo; pues si lo hacen de ligeros, no son dignos de aprecio; si de temerarios, los compadezco, y si por injuriarme, me dan la gloria de perdonarlos"».

Que existe una correspondencia entre los ejemplos del pasado y la realidad política del presente en que son compuestas estas recopilaciones de dichos, y que su objeto final es crear una imagen positiva del poder público, absoluto aunque condescendiente y benévolo con las debilidades de los súbditos, nos lo hace palpable este otro ejemplo recogido por el mismo duque de Frías, y cuya ausencia de ubicación histórica, al no mencionar claramente a Felipe II, hace aún más claro el valor intemporal del ejemplo:

Estando su majestad en Madrid, le dijo uno de sus criados, con aquel afectado misterioso recato (que es arte usual de los palacios para introducir con la sindicación la lisonja): "Señor, por esas calles anda públicamente, sin respeto a la justicia, Fulano, que era uno de los exceptuados en el perdón", a que no respondió su majestad. Creyó el sindicador no haberle oído, y al siguiente día repitió lo mismo, a que, con semblante mesurado y grave, respondió aquel clemente corazón: "Más de mi agrado sería que le advirtieseis a ese hombre que estaba yo aquí".

La conexión de estos dichos y sentencias con la vida pública y su moralidad se halla siempre presente en los textos, de tal manera que en cualquier caso el lector advertido, al que los propios autores se dirigen abiertamente para que recapacite y saque sus propias conclusiones de los hechos, aproveche y busque la utilidad práctica de los textos, aplicándolos en la propia vida. No de otro modo se entiende que se refiera la siguiente conseja o anécdota de su majestad, que tiene mayor efecto de comprensión por el carácter parabólico de la animalización: «Pasando por la vega de Segovia vio una casa suntuosa, y, sabiendo que era de un secretario, dijo: *No se proporciona con el gorrión la jaula grande*».

Previamente a esta anécdota, y para incidir en la moralización que con estos textos se pretendía, hay una meta-literaturización de carácter paremiológico en estos ejemplos: «Dijo don Diego de Córdoba, en la presencia de su majestad, que no era bien permitido se vendiesen retratos de la real persona de mala pintura, y que sólo debían correr los de Alonso Sánchez, como en Alejandro Magno los de Apeles y Lisipo; a que respondió, piadoso: *Dejad que ganen de comer esos pintores, pues no son las costumbres las que me copian*».

De aquí se deduce claramente que los dichos pretenden mostrar el carácter moral de la actuación en los personajes a que se atribuyen, algo que en la pintura no podía hacerse, y que el objetivo era la imitación de las costumbres, sin obviar el consiguiente efecto paralelizador entre la autoridad soberana de la Antigüedad clásica y el de los reyes absolutos de la época barroca. Del ejemplo moral de los antiguos, quizá uno de los más significativos es el que incide en el dominio sobre sí mismo, en el estoicismo que durante este período vuelve a ser propiciado: «Comiendo con Rómulo muchos de sus ciudadanos, dijo uno de ellos, viendo lo parco que era en beber vino: “Señor, poco consumo tendría este género, si todos gastasen lo que tú”. *Antes mucho*, respondió; *porque yo bebo todo lo que quiero, y si cada uno hiciese lo mismo, tendría el vino muy crecido precio*».

No quedará la menor duda de la impostura y falsedad histórica con que son tratados los personajes del pasado en estas fábulas morales, como ha sucedido con el legendario co-fundador de Roma; no obstante, lo importante es la enseñanza moral de autodomínio que se pretende transmitir. A veces, dicha enseñanza moral se realiza de un modo aún más explícito, y es el caso de aquellas anécdotas que se refieren tras haber indicado asertivamente qué objeto se busca con ellas: «Nunca faltan pretextos al escaso y avariento para negar; pide Diógenes un talento a Antígono, y, aunque era legítimo acreedor a mayores mercedes, le responde ser desmesurada la pretensión; declínale a tanto el sabio, que sólo le ruega le dé una moneda; y dice Antígono: “Es poco para un rey”».

Uno de los objetos fundamentales de la literatura ingeniosa es transmitir sabiduría; por ello, merecerá un breve repaso la formulación de los hechos y frases contenidos en el capítulo «De sátiras, sentencias y hechos de filósofos y curiosidades morales» con el que se cierra *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza*. Es preciso que el lector recapacite, más allá del mero efecto estilístico y retórico, en el contenido de enseñanzas apócrifas que se han compendiado en formulismos repletos de advertencias para el comportamiento. Así se encuentra la siguiente historia: «Marco Catón decía que cuatro acciones dejaban siempre arrepentimiento de ejecutarlas: *fiar secreto a mujer, hacer viaje por mar, pudiendo por tierra; orar en público y aconsejar a tontos*».

Enlazada con esta sentencia se encuentra esta otra, atribuida a Diógenes, quien —según siempre el duque de Frías— «mandó a sus discípulos que no se empeñasen en corregir a los presumidos, porque era infamar la Medicina intentar curar los muertos».

La recomendación más reiterada para acceder a la sabiduría es la moderación, en las costumbres, en el hablar, de modo que en esta vulgarización de la vida de filósofos, se nos muestra una imagen de la vida cotidiana de pensadores clásicos que con salidas ingeniosas y frases apropiadas adquieren, a la consideración de los lectores del Barroco, una autoridad que hace posible el acuñamiento de frases hechas, aunque éstas pertenezcan más bien a la cultura popular, recibiendo así su confirmación como dignas de ser aprendidas y puestas en práctica. Pero las frases con frecuencia aluden al silencio, del mismo modo que la sabiduría no se puede entender sin la ignorancia. De este modo, de Demóstenes se dice que en una ocasión contestó a un murmurador, quien ponía reparos y pegas a todo lo que se le decía: *Yo te aseguro que si tuvieses de sabio lo que de parlero, no hablarías tanto*. A menudo, pues, la inteligencia no es hablar mucho, sino más bien condensar las ideas en pocas palabras, y en este aserto teórico se fundamenta gran parte de la literatura menor de la que nos ocupamos, que en nuestra opinión tiene una finalidad práctica evidente. Hasta tal punto es práctica y falta de interés rigurosamente histórico, que el duque de Frías llega a atribuir al jeroglífico que adornaba el dintel de la puerta en la Academia pitagórica la siguiente frase: *El que ignora lo que debe saber es bruto entre los hombres; el que no sabe más de lo preciso es hombre entre los brutos, y el que sabe lo que es justo saber es hombre entre los dioses*.

La sabiduría es uno de los temas recurrentes de la literatura gnómica así como de la paremiología; a menudo no aparece separada de otras influencias culturales, como es el caso de la evidente misoginia existente en una sociedad gobernada por hombres; el recurso a la Antigüedad clásica para ennoblecer las actitudes machistas llegaba incluso a hacer más fácil la difusión y el mantenimiento de una ideología que despreciaba los valores femeninos. El chiste se suele hacer eco de las disputas conyugales (en forma de infidelidad o como discusión), de modo que se llega a asumir como un comportamiento natural en la sociedad, por lo que en consonancia con la falta de rigor histórico que hemos venido detectando en textos ya citados, merece la atención reparar en este otro en que se pseudo-reproduce el grabado en una piedra y cuyo efecto humorístico proviene por la negación de una evidencia, por la pintura de un idílico mundo de paz y conciliación conyugal, cuyas expectativas se ven frustradas por la situación en que se produce esta concordia marital: «Véase en lo antiguo en Roma un suntuoso sepulcro, en que se grababa con letras de oro esta inscripción: "Pasajero, suspende el paso y advierte el portentoso milagro que encierra esta pira: un marido y una mujer, sin que tengan discordias ni contiendas"».

Al fin y al cabo, en este repaso de temas tópicos (el poder, la misoginia, el mundo taurino, la infidelidad, el dinero, la religión, la lisonjería, etc.) a través de reconocibles personajes prototípicos, lo que está formándose es un modelo de transmisión de valores ideológicos y sociales que han venido haciendo fortuna desde antiguo y que han hallado en otros textos literarios cabida, pero que en este refrito compendiado de frases y decires se muestra quintaesenciado. Es lo que sucede con la anécdota tan similar a la conseja dada por el Arcipreste de Hita en *Libro de buen amor*: «Preguntándole a Demócrito que por qué, siendo hombre de tan gallarda estatura, se había casado con mujer pequeña de cuerpo, respondió: *Porque siempre se ha de escoger de el [sic] mal el menos*».

Los textos no siempre utilizan una forma directa para aconsejar al lector, sino que de ellos se debe sacar una experiencia paradigmática y útil que aplicar en la vida; no obstante, la mayoría de los temas por los que discurren estos sucesos suelen ser los habituales, mostrándonos los vicios, las bajas pasiones y las debilidades humanas, por lo que a tenor de la inveterada costumbre de apropiarse del dinero público que se ha producido en la larga tradición socio-cultural de la civilización occidental, no nos suena extraña la ejemplificación pasiva o por vía indirecta de esta situación en el siguiente caso: «Quemábase la casa de un ministro de Justicia, poco escrupuloso, y, oyéndolo uno de los lastimados, iba diciendo por la calle: *¡Acudamos, señores, a recoger nuestra hacienda, que se nos abrasa!*»

Con estas historietas, el lector irá aprendiendo a vivir y a salvar las situaciones comprometidas con ingenio y humor, e incluso llegado el caso sabrá responder con una frailuna exculpación o excusa; porque en muchos de los cuentos analizados hay un brote anticlerical que muestra a los clérigos en actuaciones no muy loables, saliendo siempre del paso con ayuda del refranero o de las frases hechas; tal era el caso del discretísimo sacerdote don Antonio Solís, de quien es fama que ante el altercado dialéctico del duque de Medinaceli y del conde de Oropesa, y preguntado por ellos sobre su opinión, se limitó escuetamente a responder: *Yo, señor, digo misa*. Situación similar a la de aquel corregidor ante quien una muchacha denunció haber sido forzada sobre un tejado en la hora de la siesta, y cuya contestación —fijada en los anales de la literatura menor con proverbial exactitud por tratarse de una frase hecha de raigambre popular— no fue otra sino: *Hija, concurrir al Tribunal de Dios, porque en el mío no hay facultad para juzgar de tejas arriba*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- PAZ, A. (1964²): *Sales españolas o Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por..., BAE, nº 176. Madrid: Editorial Atlas.
- FERNÁNDEZ DE VELASCO, B. (duque de Frías) (1932): *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza*. Restauración y prólogo de Eduardo Barriobero y Herrán. Madrid: Mundo Latino.